

PATO DONALD EN EL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS

Por Hilary Arathoon

Ha llegado a nuestras manos el libro que lleva el título curioso, pero poco revelador, que reza: «PARA LEER AL PATO DONALD».

Parecería extraño que un personaje tan inocuo como el Pato Donald, cuya finalidad primordial es la de servir de entretenimiento a la niñez, se haya hecho acreedor a que personas estudiosas se dediquen a analizar sus aventuras una a una y que el resultado de dichos estudios esté siendo utilizado como lectura recomendada en los centros de enseñanza de la juventud, aun aquí en nuestro país, pero esa es la realidad.

Nos dicen los autores que para que la revolución socialista prospere, es necesario que desaparezca de escena primero, la risueña pero, para ellos, antipática cara del Pato Donald, quien dicen, representa: «la forma de vida del norteamericano» («The American Way of Life»), o para los que no quisieran admitir que dicho nivel de vida haya sido alcanzado: «el sueño anhelado de vida del norteamericano» («The American Dream of Life»).

El libro está dedicado a contrarrestar en las mentes juveniles la perniciosa influencia de las historietas de Walt Disney, que los inhibe de absorber las ideas que ellos, a su vez, quisieran implantar. «PARA LEER AL PATO DONALD» lo definen los autores como un instrumento claramente político.

Resumen de Cargos

Conviene, por tanto, analizar los cargos. Se critica, en primer lugar, el que previendo que las historietas pudieran caer en manos que no fueran precisamente las de la niñez, no hagan referencia a los problemas sociales con ánimo de promover lo que se ha dado en llamar: «un cambio de estructuras».

Se les achaca el dar por sentado su mundo, sin intentar modificarlo, el no descubrir las lacras sociales y hacer hincapié en la necesidad de extirparlas. Especialmente se les acusa de no promover la lucha de clases, de ser representativas de la clase dominante, de propiciar la explotación y el colonialismo, particularmente el de los habitantes de lo que se ha dado en llamar «el tercer mundo», o sea, el de las naciones subdesarrolladas, y el pretender que éstas deben permanecer en un eterno subdesarrollo para beneficio de los dominantes.

Se hace resaltar que las publicaciones de Walt Disney presentan sólo un lado de la medalla, sin descubrir el reverso. Que sólo se apuntan los frutos del trabajo, sin que salga a relucir para nada el trabajador. Por trabajador debemos entender aquí únicamente al que labora con las manos, nunca al que a través de su mente creadora crea o perfecciona las máquinas y herramientas que hacen posible que el esfuerzo físico del trabajador se multiplique y rinda en proporciones mucho más elevadas a lo que el mismo abandonado a

su propio esfuerzo podría producir. Ni al que, a través del ahorro y la inversión, hace posible que dichas máquinas y herramientas lleguen a disponibilidad de los trabajadores.

Se pretende ignorar también la labor administrativa del empresario, considerándola como superflua, lo cual es como pretender que un barco pueda navegar sin capitán. «La fábrica produce», dicen los inconscientes, sin tomar en cuenta la necesidad de una sabia dirección y administración.

Lucha de Clases

Pero empecemos por lo de la lucha de clases. Podemos en realidad pretender que en nuestro medio existe una estratificación de clases, tal como existió en el siglo pasado en Europa durante la época de Marx y especialmente en Inglaterra, la nación mayormente industrializada, donde Marx estudió las condiciones prevalecientes que le sirvieron de base para su libro.

En aquella época sí se podía hablar de clases, porque existía por un lado la aristocracia exclusivista y antagónica a la burguesía o clase media, en la que adivinaba una creciente pujanza que amenazaba con desplazarla. Existía también, por otra parte, el proletariado, del cual se reclutaba la fuerza laboral para las fábricas y las minas, siendo en especial en estas últimas donde el trabajo era más arduo y sacrificado.

Entre clase y clase había poca comunicación y era tradicional que cada cual conservará su distancia. Ocupaban el sitio más alto en la escala social la aristocracia y la gentileza latifundista («landed gentry»). Les seguían los militares de carrera, los profesionales (entre los cuales había distingos) y los clérigos. En escala más baja venían los comerciantes y los que practicaban algún oficio («tradesmen») y, por último, el proletariado.

Pero hoy día, gracias a los avances de la técnica, todo eso ha cambiado sustancialmente. Aun en Inglaterra, tan conservadora, sería absurdo hablar de clases tal cual Marx las conoció y hablar de ellas en nuestra América es mayormente absurdo, pues no hay baluartes, siendo las de arriba perfectamente permeables para quienes, a través de la propia superación, puedan llegar a escalarlas. Clase dominante no la hay, excepto la engendrada por los altibajos de la política, que hoy pueden ser unos y mañana otros. La única aristocracia, si se le puede llamar así, es la del dinero y su duración es muy efímera, pues los que hoy están arriba, puede que mañana estén abajo. Un mal manejo en la dirección de sus negocios los puede llevar a la quiebra, con lo que el negocio y el éxito pasarán a otras manos más capaces que puedan promover una más sabia dirección.

Al igual que muchos de nuestros profesionales, muchos de nuestros industriales han surgido de la clase obrera y surgirían muchos más si no fuera porque las obligaciones de los empresarios para con los empleados o laborantes contribuyen a desanimar a muchos a dar el paso inicial requerido para el establecimiento de sus propios negocios. Esto es lo que los inhibe de crear las nuevas empresas que tanta falta hacen para absorber a la creciente población laboral.

Promover la lucha de clases en nuestro medio sería promover una lucha suicida contra nuestros mejores elementos, que son casi siempre los dirigentes y que hoy pueden ser

unos y que mañana pueden ser los mismos que hoy se trata de reclutar para entablar la lucha de clases. Sería la de nunca acabar, pues siempre se estaría luchando contra los que, gracias a sus propios méritos o al éxito en el manejo de sus negocios, estuvieran ocupando lugares prominentes en el orden social.

Aun en el campo de las naciones socialistas han surgido nuevas clases a ocupar los lugares de las clases desplazadas por la revolución.

Explotación del Trabajador Teoría del Valor

Pasemos ahora a considerar la explotación de los trabajadores a la que hacen alusión los autores del libro. Ellos se basan para sus conclusiones en la desacreditada «TEORÍA DEL VALOR» de Marx, que ve en el trabajo la sola fuente de valor. Según Marx: «*Todos los bienes en que va involucrada igual cantidad de trabajo, tienen igual valor*». Dice también que: «*como el laborante no es dueño de los medios de producción, se ve obligado a vender su trabajo por lo mínimo requerido para poder subsistir*». De ello dedujo Marx que «*toda suma en exceso que el empresario cobrara en el mercado por el producto elaborado, era «plusvalía» que correspondía al trabajador, cuyo trabajo era la sola fuente de valor, y que al verse privado de dicha «plusvalía», el trabajador había sido explotado*». Nada decía de cuando el empresario se veía obligado a vender el producto a un precio menor del costo original, lo cual supuestamente hubiera causado una «minusvalía».

Hay que tomar en consideración que Marx vivió en las primicias de la era industrial, cuando las fábricas eran pocas y no alcanzaban para absorber al crecido número de campesinos venidos a la ciudad en busca de trabajo y dispuestos a laborar por cualquier suma por mínima que fuera, que siempre era mayor que lo que hubieran podido devengar en el campo. Pero lo que Marx jamás pudo prever era que, más tarde, gracias al desarrollo industrial, la demanda de mano de obra pudiera llegar a ser tan grande que fuera el trabajador mismo el que sentará sus bases e impusiera sus condiciones como sucede en Estados Unidos de América, donde es muy difícil, cuando no imposible, obtener a ningún precio, mano de obra especializada para ciertas tareas, tales como: electricistas, plomeros, carpinteros, albañiles, etc., porque la demanda es tal que no los hay disponibles. Tanto es así que hasta los mismos profesionales a veces abandonan sus carreras para dedicarse a practicar oficios, ya que ganan más en ellos que en la propia profesión.

Teoría Objetiva y Teoría Subjetiva del Valor

A la teoría de Marx se le llama la «TEORÍA OBJETIVA DEL VALOR» porque, según él, el valor va involucrado (o como alguien ha dicho: «cosificado») en el objeto, en contraposición a lo propuesto por Karl Menger y Eugen von Böhm-Bawerk (contemporáneos de Marx) que es conocida como la «TEORÍA SUBJETIVA DEL VALOR». Dichos economistas demostraron, lo cual no es difícil, que el valor no es objetivo, sino subjetivo, y que lo que da valor a una cosa, o a un objeto, no es la cantidad de trabajo que se invierte en él, que puede ser mucho o poco, según las circunstancias, sino en proporción a la necesidad que satisface, que se manifiesta en la demanda que por el mismo exista en el mercado, acrecentándose o disminuyéndose según suba o baje la demanda, y la cual puede existir aun con anterioridad a que el artículo haya hecho su aparición, o aún antes de haber sido concebido. Si no hay demanda, no hay valor, independientemente de lo que se haya

laborado en producirlo, no importando que la elaboración haya tardado unos cuantos minutos o un número considerable de años. «¿Y eso para qué sirve?» o «¿eso quién lo quiere?», dicen los niños entre sí al promover sus canjes y es que hasta ellos mismos comprenden que si un objeto no presta ningún servicio o que si no hay demanda para él, no tiene ningún valor.

El valor de un vaso de agua en el desierto estriba en la necesidad que de él se tenga, pudiendo llegar a valer más para el sediento, que todos los tesoros del universo entero. En cambio, donde el agua abunda, su valor es aproximadamente cero, pues todo el mundo la regala. Para una persona que tiene cien ovejas, la pérdida de una es menor que para el que tiene solamente una. Esto es lo que se llama «Teoría del valor marginal». Con dichas teorías queda desvirtuada la teoría del valor de Marx y, por ende, la de la explotación que se basa en la misma.

Es en anticipar la satisfacción de las necesidades del consumidor en lo que estriba el éxito del empresario, y éste será tanto más grande cuanto mayor sea su capacidad para prever y satisfacer dichas necesidades. Para nada depende el éxito del empresario de su capacidad para extorsionar al trabajador, lo cual sólo le puede acarrear la malquerencia de sus trabajadores y que éstos lo abandonen. Si quiere obtener rendimiento por parte de los mismos, debe pagar lo que corresponde y rendirles el trato que se merecen.

Fijación de Salarios

No es el empresario, en ningún caso, el que fija o determina los salarios, sino el consumidor, el cual a través de sus compras dicta al empresario la política a seguir en cuanto al pago de salarios se refiere. Los consumidores (en cuyo nombre genérico estamos incluidos todos, incluso los autores del libro que nos ocupa), exigimos, al efectuar nuestras compras, el mejor producto al menor precio y en tal forma dictamos al proveedor la política a seguir en cuanto al pago de salarios, que nunca pueden ser mayores que los que se pagan en plaza por igual clase de servicios. Pretender pagar más sería una política suicida que el consumidor jamás estaría dispuesto a respaldar, pues al efectuar sus compras, siempre busca, como es natural, su propio interés y nunca los intereses de terceros.

Póngase la mano en el corazón el lector y en toda conciencia, confiese si, al efectuar sus compras, alguna vez ha velado por ver satisfechas, en primer lugar, las necesidades de todos los que intervienen en el proceso de la producción, o si, como es natural, ha considerado únicamente sus propios intereses. Como todos, absolutamente todos, somos consumidores, al velar usted en tal forma sus intereses, usted está protegiendo a la vez los intereses de todos (entre los cuales también se cuentan los proveedores), los cuales son idénticos a los suyos y, por consiguiente, está sirviendo al conglomerado en mejor forma que si se dedicara a velar por los intereses de tal o cual productor en particular, en perjuicio de sus propios intereses y los de los demás consumidores, lo cual sería no solamente antinatural, sino perfectamente ilógico.

La Mejor Cura para los Precios Altos, son los Mismos Precios Altos

Exige siempre el consumidor el mejor producto al menor precio, no importándole que esto signifique que los salarios que el productor se vea obligado a pagar sean altos o bajos.

Llega a tal grado su afán por que los precios permanezcan bajos que hasta busca a veces la intervención estatal, sin prestarse a considerar que cuando un producto encarece es porque escasea y que *la mejor cura para los precios altos, son los mismos precios altos*, pues estimulan la producción. Al abundar el artículo, aumenta la oferta y vuelve la competencia entre los proveedores, lo cual tiende a hacer que el artículo vuelva a bajar de precio.

¿Puede la Riqueza Engendrar Pobreza?

Únicamente contraviniendo la ley de la naturaleza que dice que cada cosa engendra su igual. La virtud engendra virtud, el vicio engendra vicio.

Pero los autores del libro nos dicen que el proletariado es el resultado de acumular riqueza. ¿Querrán decir con esto, que el resultado de la riqueza es la pobreza? ¿Que si son muchos los pobres, es porque otros son ricos? ¿Que la riqueza engendra pobreza? Esto proviene de considerar la riqueza como una constante, como algo estático que permanece invariable y que, por consiguiente, para que alguien disfrute de algo, hay que restárselo a algún otro. Pero la riqueza es dinámica. Es algo que continuamente se consume y continuamente se está creando para satisfacer nuevas necesidades. La riqueza se crea a través del trabajo, pudiendo ser éste material o intelectual. El «milagro de los panes y los peces» es un milagro que debe repetirse día a día y para que dicho milagro se repita, se necesita forzosamente de los bienes de capital .

Requisito también «sine qua non» es el goce de la libertad para producir, pero se necesita también de seguridad. Seguridad en el goce del producto elaborado. Nadie, absolutamente nadie, va a producir si no goza de la seguridad de poder disfrutar del producto de su trabajo y de su esfuerzo. Así como también nadie va a invertir en un país donde no se le brinda dicha seguridad.

El problema más grande que confronta la humanidad no es el de la distribución. Habiendo producción en abundancia, la distribución no es problema. Lo es únicamente cuando la producción escasea y esto sucede primordialmente donde el inversionista no goza de las garantías necesarias que justifiquen su inversión en los bienes de producción.

Necesidad de Inversión

Sin herramientas, un hombre escasamente podría producir lo requerido para su propio consumo, sin llegar a cubrir las necesidades de su familia. Es a través de las herramientas y maquinaria que su trabajo se multiplica al grado de poder proveer para su familia y poder ahorrar. Por eso son necesarios los bienes de capital que se adquieren a través del ahorro. Por eso, decir que la riqueza engendra pobreza es absurdo. Tan absurdo como sería afirmar lo contrario.

Donde los trabajadores alcanzan mayores salarios es donde la inversión en bienes de capital es mayor. En Estados Unidos de América la inversión per cápita es de diez mil dólares o más. En cambio, donde la inversión es exigua, los salarios son igualmente exigüos.

Condenan las Ganancias

Condena el socialismo las ganancias, tildándolas de explotación, cuando lo que en realidad debiera condenar, según decir de Winston Churchill, es que el negocio produjera pérdidas. Se ha dado en condenar las ganancias, como si un negocio pudiera progresar y prosperar a base de pérdidas. Sirven las utilidades en el negocio para señalar el grado de eficiencia en la administración. Sirven también de brújula para marcar el curso a seguir. Son las que justifican las nuevas inversiones y las que determinan la necesidad de introducir innovaciones, las que sólo son posibles cuando se cuenta con los medios para hacerlas.

Tampoco son seguras las ganancias, sino eventuales. Dependen del giro que tomen los negocios. Por eso es indispensable su aprovechamiento cuando las hay, para contrarrestar posibles pérdidas futuras. Pero a base de pérdidas jamás se podrá sostener un negocio y mucho menos renovarse y prosperar.

Según los críticos del capitalismo, un negocio debe producir únicamente el mínimo requerido para subsistir. Pero apenas empieza a percibir ganancias mayores, se empiezan a escuchar las críticas calificándolas de «desmedidas». Tras la condena verbal, se procura que se aplique al negocio culpable de esa extralimitación un recargo de impuestos, para castigar en tal forma el exceso de utilidades. Tal parecería como si *se intentara castigar al éxito* y se procurará disuadir al productor de la conveniencia de obtener utilidades, o, en otras palabras, de producir riqueza. Qué tiene de extraño pues, que siempre permanezcamos pobres, si la política que propugnamos y seguimos es la de fomentar la pobreza y castigar a todo aquel que intente salir de dicho estado a través del trabajo y de la producción.

No debemos, por lo tanto, buscar afuera al «chivo expiatorio» sobre quien descargar la culpa de mantenernos en estado de subdesarrollo, cuando los culpables somos nosotros al oponernos a la creación de la riqueza. Nadie puede llegar a ser rico, si el ideal que persigue es la pobreza.

¿Se Puede Ser Bueno y Atentar Contra la Propiedad?

Para justificar los atentados a la propiedad se acostumbra citar el conocido aforismo de Proudhon: «la propiedad es robo», sin tomar en cuenta que dicho aforismo lleva implícita en sí su propia negación, pues para que una cosa pueda ser robada, tiene como condición previa que haber sido propiedad. Según el diccionario, robar es: «quitar lo ajeno, hurtar». Es decir, que el derecho de propiedad debe existir como condición previa a la acción del robo. Si dicho derecho no existe, tampoco puede ser violado y tampoco puede existir el robo. Pero al admitir el robo, se admite a la vez la propiedad previa del objeto robado.

Con respecto a «si uno puede ser bueno y atentar contra la propiedad», creo que para cualquier cristiano basta el recordar que dicha acción aparece condenada doblemente en el Decálogo, o sean los Diez Mandamientos de la ley de Dios, uno de los cuales especifica claramente: «no robar», mientras que el otro manda: «no codiciar las cosas ajenas».

Consecuencias del Robo

Las consecuencias del robo son desanimar o desalentar la producción de la riqueza, es decir, empobrecer. No sólo el robo, sino la amenaza del robo, es de por sí suficiente para desalentar la producción. Nadie va a invertir su dinero si no goza de garantías y seguridades de poder disfrutar del producto de su inversión, como nadie va a sembrar en terreno ajeno sin garantías y seguridades de poder cosechar el fruto de su trabajo y de su esfuerzo, es decir, de su inversión. He ahí el secreto del porqué muchos países permanecen pobres, porque no ofrecen seguridades ni garantías al inversionista y al productor. En cambio, los países que sí ofrecen dichas garantías, son ricos aunque no cuenten con grandes recursos naturales, pues basta con dicha condición para atraer hacia sí la afluencia de capital.

Redistribución de la Riqueza

Se habla muchas veces de la redistribución de la riqueza como si se tratara del resultado del esfuerzo mancomunado de todo el conglomerado, en el que la aportación de todos hubiera sido la misma. Pero la riqueza nunca es el resultado del esfuerzo mancomunado de muchos, sino el resultado de los esfuerzos individuales de personas actuando solas, que han luchado y se han sacrificado durante todas sus vidas para reunir un capital que les permita vivir con cierta holgura y comodidad. Por eso, hablar de su redistribución como si fuera algo que a nadie le ha costado, es sencillamente indecente e inmoral, y sus consecuencias no pueden ser otras que las de desalentar la creación de la riqueza, pues nadie va a crear riquezas para que otros sean los aprovechados.

Abogan los autores del libro por la abolición de la propiedad privada como medio de abolir la explotación, pero es una lástima que no aporten pruebas fehacientes de que las condiciones de vida son mejores en los lugares donde la abolición de la propiedad privada se ha llevado a cabo.

Gran Bretaña, antigua «reina de los mares», en cuyos dominios no se ponía el Sol, es hoy día (¡triste es decirlo!), gracias al gobierno laborista que la dirige y que se ha metido de lleno a nacionalizar empresas, un país de catorceava categoría con un nivel de vida igualmente pobre, y tiende a empobrecerse cada día más y más, hasta llegar a la posible bancarrota. Según los laboristas, el gobierno que se proponían realizar iba a cuidar de los súbditos británicos, desde la cuna hasta la tumba, pero no previeron que la tumba para su nación, la estaban cavando ellos con las mismas medidas con las que pensaban salvaguardar la vida y el bienestar de sus habitantes.

Hoy día, a pesar de haber recibido ayuda exterior en cifras exorbitantes, Gran Bretaña sufre una crisis aguda y se halla al borde de la ruina, con una deuda de proporciones gigantescas y se prevé su posible colapso total.

Si los propagandistas del régimen socialista pudieran presentar un solo ejemplo de una nación rica y floreciente que no se viera obligada a ejercer presión sobre sus habitantes, permitiéndoles cambiar de ocupación e ir y venir a discreción, y que pudiera ser visitada a la vez por el turismo con toda libertad para constatar las virtudes del régimen, no haría falta propaganda alguna. Pero el Muro de Berlín y las otras medidas coercitivas para retener force voluntariamente a sus habitantes, señalan lo contrario y nos dicen en forma más elocuente que cualquier propaganda que los partidarios del régimen pudieran lanzar, que:

donde la propiedad privada de los medios de producción no existe, el hombre mismo se vuelve propiedad, pues ya no puede disponer libremente de su persona, lo cual significa: esclavitud.

The Self-Made Man

Otro concepto que los autores del libro quisieran borrar, porque su imagen contradice la doctrina del determinismo colectivo que ellos predicán, es la del hombre surgido de la nada a base de su sola determinación y esfuerzo, el hombre de carácter que, como dicen los norteamericanos, se ha forjado a sí mismo («The self-made man»). De dicha clase de hombres está llena la historia de Estados Unidos de América. Inútil sería pretender enumerarlos. Abundaron allí porque hallaron el clima propicio para su desarrollo y propagación, un clima de libertad que les permitía aspirar a alturas inconcebibles en cualquier otra parte del planeta, en donde sólo a través de influencias políticas o el patrocinio de los poderosos hubieran podido desarrollarse a medias, pues bajo ninguna circunstancia les hubiera sido posible alcanzar el desarrollo total de sus capacidades creadoras. En cambio, en Estados Unidos de América no necesitaban contar más que con sus propios recursos. El resultado fue que modificaron no solamente la faz de su propio país, sino la faz del planeta entero.

Los propios enemigos de Estados Unidos de América no saben, no comprenden, o no quieren comprender, lo mucho que se les debe a dichos hombres que tanto han contribuido a su confort y comodidad. En muchos casos les deben hasta la vida misma, de la que no hubieran gozado sin los adelantos de la ciencia y de la civilización que dichos hombres hicieron posibles.

De dicha pasta de hombres fueron: Abraham Lincoln, Benjamin Franklin, Robert Fulton, Ralph Waldo Emerson, Thomas Edison, Henry Ford, Charles Lindbergh, etc., y de dicha pasta es también Walt Disney, quien se inició en su carrera con un capital de cuarenta dólares, más doscientos cuarenta que contribuyó su hermano Roy. Con dicho capital fundaron los estudios y comenzaron a lanzar al mercado las primeras caricaturas animadas, las que tuvieron casi instantánea aceptación. Nadie podrá hablar aquí de explotación, pues las creaciones de Walt Disney provienen exclusivamente de su propio genio creador.

El éxito que Walt Disney ha alcanzado no es necesario recopilarlo aquí, porque es de todos conocido. La imagen que ha lanzado al mundo a través de sus publicaciones es, naturalmente, la imagen de su país de origen. Las virtudes que ejemplifica son las virtudes de veracidad, sobriedad y diligencia que el puritanismo engendró y que en algunas esferas aún subsisten para el bienestar de la nación, porque, como dijo Alexis de Tocqueville cuando visitó dicho país hace muchos años: «Estados Unidos de América es grande porque es virtuoso; cuando deje de ser virtuoso, dejará de ser grande»